

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 25 Mayo 1916.

Número 21.

¡Viva España! ⁽¹⁾

Grande es el pueblo que en el libro santo
que guarda las verdades de su historia
tiene infinitas páginas de gloria
como las de Numancia y de Lepanto.

Grande es el pueblo que al rasgar el manto
que ocultaba del trono tanta escoria,
no ha echado ni un borrón en su memoria
y ha llenado á los déspotas de espanto.

Grande es el pueblo que al pensar valiente
romper el férrea y ominoso yugo
hundió en el polvo la opresora frente.

Pero es más grande el pueblo á quien le plugo
para asombrar la venidera gente,
vencer y perdonar á su verdugo.

José Nakens

(1) Del libro CIEN SONETOS

19 Septiembre 1868.

Homenaje al éxito

Contra lo que se venía afirmando, el Tribunal Supremo reconoció al cabo la validez del acta de diputado obtenida por Moreno Mendoza en Jerez de la Frontera.

Me felicito de ello.

Y ahora que hablo de esto.

El sábado último, al abrir el buzón, estaba entre los periódicos del día una carta, que abrí. Contenía una tarjeta invitándome para el banquete que ayer se dió al diputado primerizo, y la devolví diciendo:

«Sr. D. M. Torres:

Muy señor mío y de toda mi consideración: Celebro, como el republicano que más, que por fin el Tribunal Supremo haya reconocido el derecho que asiste á Moreno Mendoza para sentarse en le Congreso.

Si lo hubiese celebrado tratándose de cualquier correligionario, ¿cómo no de éste que lleva allí la representación del trabajador campesino?

Pero como creo que nunca, y menos en estos instantes en que el hambre reina en tantos hogares, deben celebrarse estos triunfos comiendo, estoy en el deber de devolver á usted la tarjeta, que en nombre de la Comisión organizadora del banquete se ha servido enviarme, quedando muy agradecido á la distinción que se me ha otorgado.

De usted atento s. s. q. b. s. m.—J. N.

El banquete se celebró, asistiendo muchos correligionarios.

De diputados sólo asistieron Giner de los Ríos y Morayta. Otros tres se adhirieron al acto por carta.

Se pronunciaron varios discursos atacando al Gobierno y fundando grandes esperanzas en la labor parlamentaria del diputado en cuyo honor se daba el banquete. Un orador lo comparó á Cristo.

Aunque entre los oradores figuraron varios periodistas, no hubo ni un recuerdo para los compañeros presos en Barcelona y otros puntos, ni para los procesados por el delito de atacar al Gobierno ó defender la República.

El banquete se celebraba para cantar un triunfo, no para lamentar derrotas; cierto es. Sin embargo, me permito creer que hubiera resultado muy simpático, y hasta muy justo, dedicar un recuerdo á los presos y procesados.

En fin, un banquete más y un comentario satírico á los artículos de fondo que dedicamos los periódicos republicanos á poner de manifiesto el hambre y la miseria que el país sufre.

Hay que reconocerlo, aunque resulte jactancioso.

Podrá tachársenos de algo que no nos favorezca, pero no de inconsecuentes. Lo mismo pensamos hoy en punto á la celebración de banquetes que hace treinta años.

Hubiera sentido que se me pasara consignar esto.

Los elogios tributados á Moreno Mendoza por la labor que seguramente hará en pro de los trabajadores del campo, es la acusación más formidable que se ha lanzado contra los diputados republicanos desde la restauración acá, por no haber hecho nada en favor de esos infelices explotados.

Me felicitaré de que Moreno Mendoza confirme ésta mi apreciación en el Congreso haciendo algo, para que nadie pueda con justicia decir mañana de él:

«Un diputado más.»

LA LUCHA LEGAL

Como esta fué siempre la principal causa de división entre nosotros, y continúa siéndolo, diré sobre ella unas palabras, á raíz de la derrota que hemos sufrido.

Si realmente contribuyese á la venida de la República ¿quién la combatiría? Mas no sólo no contribuye, sino que ni siquiera favorece los intereses generales del país.

Labor más infecunda que la de los republicanos en el Congreso, no puede darse. Hablo en lo fundamental y permanente, no en lo accidental, ó de momento. No ha evitado nada de lo que al país perjudica, ni nada de lo que pudiera favorecerle ha sacado á flote.

¿Qué ley provechosa se debe á la iniciativa de los republicanos? ¿Qué atropello ó qué catástrofe han impedido?

Ni han evitado el entronizamiento

del caciquismo, ni la preponderancia del clero, ni el aumento en los presupuestos, ni la creación de monopolios, ni la guerra, ni el que la magistratura esté al servicio de los gobiernos, ni la aprobación primero y falseamiento después, de la Ley de Jurisdicciones, ni que España se llene de frailes, ni que las Universidades y las Academias se abarroten de clericales.

Ni han conseguido que los acreedores al Estado devuelvan lo que detentan, ni que los ocultadores de fincas las declaren, ni que se reformen los aranceles, ni que se dicten medidas económicas que aminoren, ya que no pueden impedir la del todo, la emigración, ni que el Código penal se reforme, ni que se respete la conciencia, en suma... no han conseguido nada bueno, ni evitado nada malo.

Se me dirá que los republicanos hemos impedido la vuelta de Maura al Poder. Candor paradisiaco ó jactancia ridícula. Si cuando fué llamado por el Rey lo hubiese aceptado, ¿qué podíamos haber hecho, sin organización, sin un céntimo, sin un fusil? Sacrificar unos cuantos entusiastas al grito de *¡Maura, no!*, hubiera sido un verdadero crimen, doblemente hablando sostenido que las revoluciones no pueden hacerse cuando se quiere.

¿Que si sé cómo estaríamos si los republicanos no hubieran ido al Congreso? No; sólo afirmo que no podríamos estar peor que hoy.

Y de los Municipios no hablemos. Con pocas excepciones, únicamente han servido para despertar ambiciones injustificadas, inutilizar republicanos, por esta ó por aquella causa, y desacreditarnos ante la opinión.

De lo dicho se sacan estas enseñanzas:

La República no vendrá nunca por el Congreso ni por el Municipio.

Quienes lo crean así de buena fe, y por esto vayan allí, se engañan.

Y quienes no lo crean, y allí vayan, nos engañan.

Cuarenta años de discursos inútiles, son muchos años para seguir sosteniendo las excelencias revolucionarias de la lucha legal.

¿Que para qué servimos entonces, si no podemos hacer la revolución y no vamos á la lucha legal?

A esta pregunta no quiero hoy contestar yo. Que contesten los que nos han traído á la impotencia en que nos vemos. Hay que oír antes á los reos que á los testigos.

Ojeada al pasado

¿Qué hemos hecho en los años que van de restauración?

Hemos jugado á los comités; celebrado mitins; y manifestaciones; y hecho á diario vaticinios sobre la muerte de la monarquía; y elogiado

por turno, y á veces, aunque pocas, juntos, á los jefes; y los hemos puesto como nuevos otras veces, por turno también y separados. Y hemos hecho y deshecho coaliciones; acudido á la lucha legal y retraídonos; entrado en las Cortes y retirádonos; juzgado incompatible la lucha revolucionaria con la legal y juzgádola compatible; perpetrado asambleas, y hecho subir prodigiosamente las rentas públicas con los millones de cartas de felicitación y telegramas dirigidos con uno ú otro pretexto.

¿Y banquetes? ¡Ah! ¡Lo que hemos banquetado! El 11 de Febrero, el día del santo de algún jefe; por el maravilloso é inesperado acontecimiento de que un diputado republicano habló en el Congreso; porque se retiró la minoría; porque se constituyó un comité; por cualquier cosa. «¡La oposición es un banquete!» podemos exclamar sin que nadie se atreva á desmentirnos.

Si tuviéramos reunidas las cantidades tragadas, saldríamos á fusil por republicano y á cañón por millar, con las correspondientes municiones. Podemos bien, sin que se tome á jactancia, alabarnos de habernos comido la instauración de la República.

Y en medio de esto, ¡qué de ilusiones! ¡cuántas esperanzas!

Cuando mandaban los liberales, decíamos que convenía que los sustituyeran los conservadores, porque éstos aprietan, y nos levantaríamos como un solo hombre. Y efectivamente, venían los conservadores, apretaban, y nadie se movía. Entonces volvíamos la oración por pasiva, y deseábamos que volviesen los liberales, porque al fuego sagrado de la libertad bulle más ardorosa la sangre revolucionaria. Y cuando volvían permanecíamos hechos unos benditos, salvo los pronunciamientos militares del 83 y del 86, que se prepararon sin contar con el pueblo para nada. Desde el último han transcurrido ya dieciséis años, sin que, á pesar de esto, dejemos de escupir á diario por el colmillo.

Y entretanto, ¿qué ha sido del pueblo? ¡Bah! ¡El pueblo! ¿Qué se nos da de él, fuera de las épocas de elecciones? No trabaja, no come, languidece, emigra, muere... Pero eso... Con echarle la culpa á la restauración, en paz.

¿Y qué ha sido de España? Bancarrota en el interior, humillaciones en el exterior, pérdida de Colonias, inmoralidad en todas partes... La reacción ahogándola, las órdenes religiosas saqueándola; los incapaces gobernando, los honrados abatidos; indiferencia en los unos, asco en los otros; el agio en triunfo; la usura único medio de vida donde no impera el robo; fábricas que se cierran, comercios que se hunden, labradores que ven pasar sus fincas al fisco; ruina y desolación por donde quiera...

Y nosotros, ¡nada! ni un arranque viril, ni un sacrificio fructífero. ¡Que se hunda todo antes que nuestra escrupulosa conciencia tenga que echarse en cara la más pequeña transgresión de *principios*; el más leve desperfecto en nuestros *programas*, la más ligera sombra de mancha en nuestros *ideales*! Faltamos á todos ellos, en más ó en menos, mientras duró la República, y después. Pero ahora debemos ser inflexibles. ¿Qué diría la posteridad si cualquiera de nosotros transigiese en bien de la patria? ¡Oh! Nunca. Nos debemos á la Historia... que ignorará que hemos existido.

Así hemos obrado, así obramos y así nos vemos.

Guerras civiles ha habido muchas entre los españoles, pero no infecundas como la sostenida entre nosotros. En la conquista de América, los españoles se combatían, pero avanzaban; sobre sus huesos levantaban un mundo para su patria; con su sangre regaban el árbol de la civilización; en las mismas carlistas, se afirmaba la libertad.

Nosotros, en cambio, nos combatimos sin grandeza, sucumbimos sin gloria: sobre nuestros huesos no se levantará más que un fárrago inútil de programas, manifiestos, circulares, telegramas de felicitación, *menús* de banquetes; papel, mucho papel; y en vez de sangre, sólo podremos ofrecer al desprecio de las generaciones venideras, tinta, mucha tinta...

Divagaciones

Y mientras la Prensa republicana dedicábase durante la semana última á anunciar y recomendar la asistencia al banquete celebrado en honor de Moreno Mendoza, yo pensaba en la mejor manera de ofrecerla á la admiración del público por su abnegación y desinterés. Ni uno solo de los diarios madrileños puede hoy vivir con sus propios recursos. Y todos, para disculpar á los republicanos que *no incurren en la fatal manía de leer*, dicen que el partido es pobre y que por esto la Prensa arrastra vida precaria.

Cierto es; mas no tanto que no puedan muchos correligionarios dedicar *cinco céntimos diarios* al sostenimiento de la Prensa del partido. Y, sin embargo, son contados los que se atreven á imponerse tan modesto sacrificio. ¿Será acaso por que prefieren ir ahorrando previsoramente unas pesetas, por si se anuncia de improviso la celebración de un banquete? No me atrevería á asegurar que no, al ver que siempre hay centenares y hasta millares de correligionarios dispuestos á dar esa prueba de su amor á la República.

Comprendo que no lean EL MOTÍN

pues que cuesta diez céntimos, y es además anticlerical, antirreligioso y ateo. ¡Ateo! ¡oh, qué horror! ¡Un periódico que no cree ni en el Dios del cielo ni en los idolillos del republicanismos! ¿Y si hubiese otra vida, y por seguir sus enseñanzas se condenaran los pobrecillos? No, no; hay que ponerse en la razón. Exponerse un revolucionario á ir al infierno por toda una eternidad, es asunto para pensado despacio. Por esto no quiero hablar de EL MOTIN.

¿Mas por qué no, ya que por incidencia he tocado el punto del abandono en que el partido tiene á la Prensa?

A pesar de lo muy á menos que ha venido, EL MOTIN, comparado con los diarios madrileños, es un sorprendente caso de fortuna periodística. ¡Tira todavía 11.000 ejemplares! ¡aún cuento con ese número de contantes y bravos defensores de este Verdun periodístico, sitiado hace tantos años por clericales inverecundos (sinvergüenzas, vamos), y por republicanos fetichistas (lo contrario que consciente, demócratas y altivos).

Tiempo ha que no llamo á mis lectores correligionarios, sino amigos. Si fueran correligionarios solamente, me hubieran dejado ya: los unos, por si no elogié á su ídolo; los otros, por complacer á su señora, influida por su confesor; algunos, por si no dije que se habían casado por lo civil ó no llevaron á bautizar un hijo; y varios por si no inserté unos versos terriblemente malos, ó un artículo tremebundamente absurdo, etc., etc.; que á estas diferentes ramas del árbol republicano pertenecen los que se han ido apartando de mi lado. Esto sin contar los que no entienden otro lenguaje que el aparatoso y rimbombante, que yo no quiero emplear, porque no aspiro á pasar por periodista tremebundo.

Y ya en este terreno, voy á aprovechar la ocasión para indicar algunas de las poblaciones de España que cuentan más de diez mil habitantes, y en las cuales no tiene corresponsal EL MOTIN, á pesar de que en la mayoría de ellas hay individuos que se creen republicanos y anticlericales.

«Almería.—Ávila.—Badajoz.—Cáceres.—Cuenca.—Huelva.—Lugo.—Palencia.—Salamanca.—Segovia.—Teruel.—Toledo.—Betanzos.—Ibiza.—Lorca.—Talavera de la Reina.—Huercal-Overa.—Linares.—Ubeda.—Alcalá de Henares.—Acehuchal.—Adamuz.—Adra.—Ager.—Agost.—Agramunt.—Agreda.—Aguadulce.—Aguarón.—Agudo.—Aguilar.—Alaejos.—Alameda.—Alanís.—Alaró.—Alba de Tormes.—Albaida.—Albalat de la Rivera.—Albalate del Arzobispo.—Albanchez.—Albatera.—Albocacer.—Alboraya.—Albox.—Albuñol.—Alcacer.—Alcalá de Chisvert.—Alcalá de los Gazules.—Alcalá la Real.—Alcanar.—Alcán-

tara.—Alcantarilla.—Alcaracejos.—Alcaz.—Alcaudete de la Jara.—Alcira.—Alcolea de Cinca.—Alcolea del Río.—Aldaya.—Alfajar.—Alfarnate.—Alfaro.—Algaba.—Algaida.—Algar.—Algarinejo.—Algarrobo.—Algodonales.—Alhama (Granada).—Alhama (Murcia).—Alhama (Almería).—Almadén de la Plata.—Almazán.—Almazora.—Almendralejo.—Almodovar del Campo.—Almodovar del Río.—Almonaster la Real.—Almonte.—Almoradí.—Almudevar.—Alosno.—Alozaina.—Alpera.—Altea.—Allariz.—Amposta.—Ampuero.—Andujar.—Antequera.—Aracena.—Arahal.—Aranda de Duero.—Aranjuez.—Arcos de la Frontera.—Archidona.—Ardales.—Arenas de San Pedro.—Arenys de Mar.—Arenys de Munt.—Arévalo.—Arjona.—Arjonilla.—Arnedo.—Astudillo.—Ateca.—Ayerbe.—Ayora.—Azcoitia.—Aznalcollar.—Azpeitia.—Azuaga.—Badalona.—Badolatos.—Baena.—Baeza.—Bailén.—Baltanás.—Ballobar.—Bande.—Bañeras.—Barbastro.—Barcarrota.—Barruelo de Santullán.—Batea.—Bayona.—Baza.—Beas de Segura.—Becerreá.—Bechí.—Belalcázar.—Bélmez.—Bellpuig.—Bembibre.—Benavente.—Benidorm.—Benifallet.—Beniganín.—Berga.—Berja.—Berlanga.—Bermeo.—Bétera.—Biar.—Bisbal (La).—Blanca.—Bocairente.—Bodonal de la Sierra.—Bolaños.—Bollullos del Condado.—Bonillo (El).—Borja.—Bornos.—Brihuega.—Bribiesca.—Brozas.—Bullas.—Buñol.—Burgo de Osma.—Burjasot.—Cabezas de San Juan.—Calahorra.—Calanda.—Calasparra.—Calella.—Calzada de Calatrava.—Cambados.—Campillos.—Cánals.—Cándamo.—Cantillana.—Cappellades.—Carballino.—Carballo.—Carcabuey.—Carlota (La).—Cártama.—Carranza.—Casarabonela.—Casar de Casares.—Casariche.—Cascañete.—Castropol.—Castuera.—Catarroja.—Cazalla de la Sierra.—Cazorla.—Cebreros.—Cecelavín.—Cehegín.—Celanova.—Cervera.—Cocentaina.—Coín.—Colmenar de Oreja.—Colmenar Viejo.—Conil.—Conjo.—Consuegra.—Corella.—Corral de Almaguer.—Cudillero.—Cuevas de Vera.—Cuntis.—Chantada.—Chelva.—Chinchilla.—Chipiona.—Chiva.—Daimiel.—Dalías.—Don Benito.—Dos Hermanas.—Dueñas.—Durango.—Ejea de los Caballeros.—Eibar.—Elgoibar.—Encinasola.—Erandio.—Esparraguera.—Espejo.—Estella.—Estepa.—Estepona.—Estrada (La).—Felanitx.—Fermoselle.—Fernan-Núñez.—Fonsagrada.—Fortuna.—Fraga.—Fuengirola.—Fuente del Maestre.—Fuente la Higuera.—Fuente Ovejuna.—Fuente Palmera.—Fuenterrabía.—Fuentesauco.—Fuentes de Andalucía.—Fuentes de León.—Garrovillas.—Garrucha.—Gaucin.—Gergal.—Gibraleón.—Grazalema.—Grove.—Guadalupe.—Guadix.—Guardia (La).—Guareña.—Herencia.—Hervás.—Higuera la Real.—Hinojosa del Duque.—Hornachuelos.—Horta.—Hospitalet.—Icod.—

Illora.—Inca.—Infantes.—Iruela (La).—Isla Cristina.—Iznajar.—Iznalloz.—Iznatoraz.—Jaca.—Jávea.—Jijona.—Laguna (La).—Lalín.—Láncara.—Laredo.—Lebrija.—Ledesma.—Lena.—Liria.—Lopera.—Lubrín.—Lucena.—Luque.—Llagostera.—Llanes.—Llerena.—Madrirdejos.—Mairena del Alcor.—Malagón.—Malgrat.—Malpartida de Cáceres.—Malpartida de Plasencia.—Manacor.—Mancha Real.—Marbella.»

Y allá va, y esto sí que es ya descoyuntante, las poblaciones del mismo vecindario en que llevan los corresponsales de tres á diez números:

«Callosa de Ensarriá.—Orihuela.—Villafranca.—Piedrahita.—Olivenza.—Torre de Miguel Sesmero.—Masnou.—Palafrugell.—Santa Perpetua de Moguda.—Guía.—Ciudad-Real.—El Recuenco.—Guadalajara.—Sacedón.—Cartaya.—Huesca.—Valdepeñas de Jaén.—Almatret.—Torre del Mar.—Portman.—Ginzo de Limia.—Grado.—Lugones.—Pontevedra.—Heras.—Requena.—Ribarroja.—Castro-Urdiales.—Somorrostro.—Valmaseda.—Zamora.—Longares.—Sada.—Cartagena.—Ferrerías.—Chiclana de la Frontera.—Tarifa.—Calatayud.—Riudecols.—Redondela.—Alcázar de San Juan.—Alcudia de Carlet.—Algemés.—Alginet.—Cullera.—Enguera.—Manuel.—Puebla de Almonadiel.—Romeral.—Sueca.—Cabeza del Buey.—Fregenal.—Mérida.—Villanueva de Córdoba.—Villanueva de la Serena.—Villaviciosa de Córdoba.—Zafra.—Garciaz.—Plasencia.—Agramunt.—Arcos de Medinaceli.—Beceite.—Casetas.—Caspé.—Daroca.—Fitero.—Flix.—Morell.—Pina de Ebro.—Tivissa.—Alcolea del Río.—Bujalance.—El Carpio.—Guarromán.—La Campana.—La Solana.—Manzanares.—Morón.—Porcuna.—Rota.—Útrera.—Astorga.—Nava.—Ponferrada.—Rivadeo.—Alsasua.—Mondragón.—Escorial.—Vergara.—Chinchón.—Sax.—Aguilas.—Odena.—La Línea.—Cangas de Tineo.—Fuenmayor.—Renedo de Piélagos.—Aspe.—Ibi.—Abarán.—Caravaca.—Cieza.—Benicarló.—Burrriana.—Godall.—Nules.—San Carlos de la Rápita.—Vall de Uxó.—Vinaroz.—Paimogo.—Zalamea la Real.—Béjar.—Borjas Blancas.—Brafim.—Guisona.—Montblanch.—Pobla de Lillet.—Puigregí.—Valls.—Vimbodi.—Ronda.—Alcaudete.—Infesto.—Pola de Siero.—Torroella de Montgrí.—Gandía.—Arroyo del Puerco.—Castil.—Torrelavega.—Premiá de Mar.

Y hecha esta enumeración, que prueba el santo horror que gran número de republicanos tienen á la lectura (en esto, como en otras muchas cosas, se han vuelto las tornas: hoy los clericales dedican á la prensa más dinero que al culto; ¡y cuidado si para éste dan también los malditos!)

¿Que si abrigo la vanidad estú-

pida de creer que para ser republicano y anticlerical se necesita leer *EL MOTIN*?

No, si se leyeran otros periódicos del partido; pero como tampoco se leen, sostengo que *EL MOTIN*, por los años de publicación que lleva, por no pertenecer á ninguna bandería, y por la gracia y el ingenio que en él derrocha, (según la autorizada opinión de Iglesias Hermida, *Fray Gerundio* y Yo), merecía ser leído por mayor número de republicanos y librepensadores, si tuviesen todos buen paladar político y literario.

Aprovecho esta ocasión para felicitar por su buen gusto á cuantos lo leen, y me despido deseándoles que vivan los años suficientes para ver al partido libre de bobalicones, idólatras y aprovechados, lo cual equivale á desearles larga vida, pues tardará en ocurrir esto unas cuantas semanas de Daniel, á pesar del entusiasmo delirante que despertó el banquete ayer celebrado.

Artículo publicado en el número 1.º de *La Semana*, revista popular que se puso á la venta el sábado último, con 16 páginas y muchos grabados al precio de diez céntimos.

NO ME ATREVO

Se me pide que dé mi opinión acerca del republicanismo de Azcárate, y no me vería más apurado para darla sobre la fabulosa ave Fénix, que algunos antiguos creyeron ver, y á la que luego nadie ha podido echarle la vista encima.

Antes de proseguir, declaro imparcialmente que en alguna ocasión he oído hablar, si bien con cierta vaguedad, del republicanismo del director del Instituto de Reformas Sociales, pero que no he sido lo bastante perspicaz para advertirlo; sinceridad ante todo. Por lo tanto, no me atrevo á hablar de él.

También he de confesar, que desde que Azcárate dejó de ser monárquico á la llegada de la República en 1873, ha venido figurando sin intermitencias en el partido republicano, siendo posible que hasta él mismo creyese que lo era; hay quien se engaña á sí propio de buena fe. Pero si he de ser franco, debo declarar que no creí nunca que lo fuese.

Si por sus frutos se conoce el árbol y al hombre por sus obras, ¿á qué negarlo?, yo no he tenido la fortuna de deducir por las suyas el republicanismo de Azcárate. ¿Qué iniciativas de trascendencia para el partido tomó? ¿Qué servicios eminentes le prestó? ¿Qué sacrificios hizo por él?

Se me contestará tal vez á esta última pregunta, que pudo haber sido ministro con la Monarquía, y que se ha privado de serlo. No lo niego. Pero aparte de que casi lo es desde que

dirige el Instituto de Reformas Sociales, el ser ministro lo hubiera convertido en un tráfuga vulgar, perdiendo así toda influencia en el campo que abandonaba; mientras que, siguiendo apodándose republicano, la ha conservado en los dos. Y por esto ha podido darse el extraño caso de que un republicano haya aceptado cargos de Real orden, haya sido consultado por los monárquicos en varias ocasiones, haya convivido con ellos en organismos religiosos, haya ido á Palacio y haya ayudado á los correligionarios suyos que recientemente ingresaron en la Monarquía.

Que á la Monarquía ha servido desde el campo republicano y la sirve ahora que tiene un pie en esta parte de la frontera, y otro en la de allá, lo prueba el duelo que entre los monárquicos ha producido su derrota como diputado por León y como senador por la Universidad de Madrid. Varias veces quedáronse sin acta Pi y Margall y Salmerón, que, si no recuerdo mal, valía cada uno por seis Azcárates, y lo único que hicieron los monárquicos fué alegrarse. Y se explica: les constaba que no podían esperar de ellos opiniones ni consejos favorables al mantenimiento del régimen que usufructuaban.

Y ahora que he nombrado á Salmerón, he de manifestar que más de una vez le oí decir «Gumersindo hubiera sido en Inglaterra un monárquico liberal á lo Gladstone»; frase que sólo podía indicar que el espíritu de Azcárate sentía predilección por aquella forma de gobierno.

Y después de saber esto, creo que me dispensará el amigo que deseaba saber mi opinión acerca del republicanismo de Azcárate, el que no lo haya complacido.

No acostumbro á hacer afirmaciones temerarias, ni tampoco quiero exponerme á calumniar involuntariamente á Azcárate, asegurando que fué alguna vez republicano convencido.

Emitir juicio sobre hechos que no están debidamente comprobados, podrá ser disculpable en los jóvenes, nunca en los hombres de mi edad.

JOSÉ NAKENS

NO HAY OFICIO SIN QUIEBRA

En la revista *La Semana* publica Emilio Junoy un artículo titulado *Por la puerta grande*, al cual pertenecen estos párrafos:

«Mi evolución á la Monarquía?...

No comprendo por qué da tanto que hablar y que... *silbar*.

Es su sencillo proceso de experiencia, de reflexión y patriotismo.

Es el convencimiento honrado, después de oír y conocer al Rey, de que ya no existen obstáculos tradicionales en España, ni para la democracia, ni para el regionalismo, ni para el proletariado.

¿Qué culpa tengo de que D. Alfonso XIII vaya resultando el más soportable de los *monárquicos* y quizás uno de los más conscientes *republicanos*? ¿De que dentro de su espíritu, de su conducta y de sus palabras, resplandezca un *demócrata* de cuerpo entero, y que en cambio muchos republicanos lleven dentro del cuerpo un *rey*?»

Ni afirmo ni niego que el Rey tenga las cualidades que le atribuyen los republicanos que van á verle, y al ir van ya resueltamente persuadidos de que deben reconocérselas y aplaudírselas, creyendo con esto disculpar la evolución que preparan.

Lo que sí afirmo es que todos son hombres que han nacido para buscar la fortuna por el camino de la adulación. Adquirieron renombre y cargos adulando al Pueblo, y ahora, en vista de que no pueden sacarle nada ya, adulán al Rey para que sus gobiernos se lo premien.

He pensado alguna vez que no todas son rosas en el oficio de reinar, y que quienes lo ejercen sentirán á menudo no poder decir como hombres á ciertos tipos que se les acercan: «¡Pero, qué sinvergüenza es usted!»

En el caso concreto de Junoy, siendo yo Rey, hubiera de seguro caído en la tentación de decirle, olvidándose por un momento de quien yo era:

— Bien, hombre, bien; ya indicaré á mi gobierno que no vería con malos ojos que te nombrasen alcalde de Barcelona. Pero á condición de que ceses en tus evoluciones, no sea que el mejor día amanezcas en el carlismo. Si puedes contener un poco tu vocación irresistible al elogio de aquellos á quien te arrimas, no exageres demasiado la nota, como cuando trataste de *hermano* á Lerroux. Besa esa mano que durante tantos años hubieras querido ver cortada, y ya haré á mi Gobierno la indicación que te he dicho. Hombres de tu seriedad reconocida, tu lealtad acrisolada y tu convicción inmutable, son adquisiciones que no suele hallar el trono todos los días.»

¿Que este lenguaje no es propio en boca de un Rey? Lo sé, lo sé, aunque nunca entré en Palacio como cualquier Azcárate, cualquier Melquiades ó cualquier Junoy. Y por esto precisamente dije antes que no todas eran rosas en el oficio de reinar, pues no pueden los reyes usarlo cuando sientan como hombres subir á su garganta las arcadas de asco que produce la indignidad cuando se presenta cogida del brazo del servilismo.

RECETA CULINARIA

GUIISO DE LIEBRE. — *Tomarás una liebre...*

Así suelen decir los libros de cocina, con gran sentido práctico, porque, efectivamente, para guisar una liebre, lo más indispensable es... la liebre.

La «Cultura Alemana» y el Calvario



“Al que se me oponga lo haré pedazos”.
Ayuntamiento de Madrid

(Dibujo de Raemaekers.)

Venga, pues, que luego discutiremos la salsa. Y para que venga, y esto se le ocurre al que asó la manteca, hay que salir á cazarla; que no tienen la costumbre las liebres, desgraciadamente, de aposentarse por puro altruismo en las cazuelas; al contrario, lo evitan modestamente siempre que pueden: se dan casos de que ni los galgos las alcanzan.

Mas no hay que apurarse por esto: á buscarla al otro día, y al otro, y al otro, que alguno ha de caer. Y una vez cazada, en cinco minutos se acuerda el guiso.

No lo olviden los aficionados á comer liebre. Sin hacer nada para apiolarla, pierde el tiempo quien discute la salsa en que ha de ponerse.

¿Que tardan en cazarla? Paciencia y al campo á buscarla. Por algo se ha dicho: «el que la sigue, la mata.»

Y he recordado esta receta al ver que, en cuanto se ha hablado de unión republicana á fin de trabajar por la venida de la República, ya los partidarios de ésta ó aquella salsa, (digo, de este ó aquel programa), andan discutiendo si se ha de guisar (digo, si se ha de implantar, ofreciendo previamente al país está ó aquello.

Me explicaría que se discutiese la forma mejor para cazar pronto la liebre, ¿pero el guiso?

Calma, correligionarios, calma; tenemos mucho tiempo por delante para pensar en lo último. Pensemos lo primero en cazar la liebre, y después ya veremos. Además, creo que no debemos gritar mucho, no sea que vaya á enterarse la susodicha del guiso que le preparamos, y por no ser de su agrado, ponga en juego todos sus recursos locomotivos para no dejarse coger.

Y no cogiéndola, mal podemos invitar al país al banquete, que, aquí para *inter nos*, voy sorpechando que, aun siendo partidario de comer liebre, acaso renuncie á saborearla por no confraternizar con algunos de los cazadores.

Calma, pues, calma.

Vanidad disculpable

El primer periodista y el primer poeta satírico de España ..

(De no haberlos calificado así tiempo ha, no me atrevería á hacerlo ahora)

...han elogiado mi libro *Cien sonetos*, el primero en *Nuevo Mundo*, y el segundo en *España Nueva*.

Y me ha satisfecho tanto verme elogiado por ellos, que he cedido á la debilidad de reproducir sus juicios, para que los clericales se convenzan de que este que les escupe, es *un tío con toda la barba* desde Octubre de 1868 en que Prim (q. e. p. d.) concedió á cada hijo de Marte el derecho de dis-

poner á su antojo de los pelos de su *fila*; y también para que Pey Ordeix se alegre una vez más de haberme excitado con pesadez cariñosa, á recoger en un tomo algunos sonetos.

Confieso que, al verlos alabados por tales escritores, entro así como en ganas de sospechar que acaso hubiera podido hacer yo algo con la pluma, si llego á tomar otro sendero menos lleno que el político de malezas, barrancos, cuestas, baches, acá arenoso, allá pedregoso, y que acaba por cansar la voluntad, achicar el espíritu, pervertir el buen gusto, y...

¿A qué viene toda esta palabrería? dirán, y con razón, los que esto lean. Pues sencillamente á retardar un poco el momento de sonrojarme al exhibir el orgullo que siento por verme tan cariñosamente elogiado. Julieta (¡qué recuerdo más dulce y lejano, y qué comparación más incongruente é inoportuna!) deseaba conceder á Romeo el beso que con ansia le pedía, mas retardaba, ruborizándose, el instante de presentar la mejilla. ¡Misterios de los corazones tiernos y de los fosilizados!

Y dice el periodista:

CIEN SONETOS

DE JOSÉ NAKENS. MADRID

Profesamos todos los escritores españoles un sincero respeto y una muy alta estimación al literato, al poeta y al periodista que hay en José Nakens. Ha consumido este hombre singular su vida en una lucha por ideales. Acertados ó equivocados, el hecho es que, mientras toda la generación que nace en la Revolución de Septiembre ha rendido sus entusiasmos ante la actual indiferencia y se ha acomodado y adaptado, que al buen vivir llaman Sancho, sigue Nakens escribiendo y luchando como en los tiempos heroicos. Y ésto á nosotros nos interesaría poco, al menos en esta página, si no se diera el caso de que Nakens lleva á esa lucha un gran temperamento de artista y de literato. Discutan al político quienes quieran. Al escritor no hay sino honrarle y admirarle. Cuando los años pasen y los odios se borren, los miles de miles de páginas que Nakens ha escrito, se considerarán como modelos de literatura periodística.

Y dice el poeta satírico:

"CIEN SONETOS"

Cien sonetos me envía un gran poet ...
En mi vida me he visto en tal aprieto...
Quise hallar, ¡entre cien!, un mal soneto,
y mala no encontré ni una quarteta...

Yo no sé cómo Nakens, el asceta,
siempre al «problema clerical» sujetó,
puede subir por mules al Himeto
y darnos versos con su pluma inquieta...

Nakens enlaza clámides y blasas...
Y, andando entre sotanas, viste rafo...
Poeta es de las cosas más confusas..

Y hace que alterno, á distinto paso,
las recuas de beatas con las Musas
y el cerdo clerical con el Pegaso...

Y digo yo:

Amén.

¡Ah! Se me olvidaba.

Mejor dicho, no se me olvidaba: es

que no creía necesario citar los nombres del periodista y el poeta que me han elogiado, habiendo calificado á cada uno de *primero* en su clase:

Pero, en fin, por si cayese este número en manos de algún natural de Beocia, allá van los nombres:

Dionisio Pérez

Luis de Tapia.

PROTESTA

A LUIS DE TAPIA

Me hace la...

(Aquí una palabra que aconsonanta con *asceta* y que no debe pronunciar delante de señoras ningún hombre medianamente educado.)

Tú sabes que me cargan los calificativos que denotan perfección. Sólo Dios es perfecto, según dicen los que explotan su nombre. Y nadie más.

¡Ah! Sí: Azcárate.

¿Pues por qué entonces me has llamado *asceta*?

Ya sé que el consonante es un tirano; Hartzembusch nos lo dijo en su fábula:

«¡Fuerza del consonante, á lo que obligas!

¡A decir que son blancas las hormigas!»

¿Pero no tenías otro á mano? No pudiste decir, por ejemplo, el *chancleta*, que tal soy en lo de versificar comparado contigo?

Un abrazo, querido Luis, y cuidado para otra vez.

JOSÉ NAKENS

Por una amnistía

Gabriel Alomar, en la *Campana de Gracia*, publica un notable artículo en pro de una amnistía amplia, solicitando de los diputados avanzados inicien la debida campaña en las Cortes, y de la Prensa liberal el apoyo de su idea.

De este artículo son estos párrafos:

«Amnistía significa olvido. Olvido... ¿Para quién? ¿en favor de quién? Mirad: las paredes del Congreso al cual pedimos hoy la nueva amnistía y el olvido de ficticias culpas, están llenas de conmemoraciones expiatorias con los nombres de las víctimas de ayer que no alcanzaron la amnistía del perdón y fueron condenados al olvido en la muerte por la tortura y el suplicio. Esta tierra, donde una reacción indigna quiso hacer caer en el olvido LOS TRES LLAMADOS AÑOS y borrarlos del tiempo cual si jamás hubiesen existido, gravó después en los muros del palacio del Pueblo aquellos nombres memorables, como pidiendo olvido y perdón para sí misma...

«Si: amnistía, olvido, es lo que en la historia piden las autocracias vencidas y deshonoradas, después de mil esfuerzos impotentes para desmentir ó atenuar las antiguas maldades. ¿Y no creéis que los propios ac-

tuales poderes, culpables de leyes opresoras y de persecuciones, asaz vivas aun en la memoria, implorarán algún día el olvido y la amnistía para un pasado que no se atreverán á confesar?

En nombre de esa futura amnistía, más piadosa que justa, solicitamos hoy la muestra, más justa que piadosa.»

Hago mía la petición del brillante escritor, tanto más, cuanto que hace dos semanas inicié modestamente la idea de que se indultase á los presos y procesados en nombre de Cervantes; y cuente Alomar conmigo para todo lo que pueda contribuir á la realización de esta obra de justicia.

DESDE LA CARCEL

Perdiendo el tiempo

Sí; no otra cosa hacen los gobiernos españoles, persiguiendo á los periodistas antidinásticos, que perder el tiempo.

Suponer que con persecuciones y encarcelamientos se modifica el pensamiento humano, es una tontería.

Perseguidos y encarcelados hubo en todo tiempo y jamás fueron agotados los hombres de oposición; nunca faltaron propagandistas de recias ideas, que al Pueblo dijeran la verdad; la verdad de los príncipes, la verdad de los ministros, la verdad de la aristocracia, la verdad de la pública administración.

¡La cárcel! ¡La constante persecución! Bueno. Todo esto es muy doloroso, muy cruel, muy horrible, pero en vez de alejar á los hombres de las luchas políticas y sociales, renueva sus ánimos y los empuja á la pelea.

El hombre es una bestia que más bien se domina con buen gobierno que á latigazos. La revolución francesa así lo demuestra.

El proletariado catalán, que es sin duda el que más persecuciones ha sufrido en España, también lo prueba; él es, indudablemente, el que más batallas libra contra el capitalismo. Y no hablemos de sus hijos, del fruto de las entrañas de ese proletariado que tantas persecuciones y encarcelamientos ha padecido: catalanes fueron, y de modesta cuna, Ferrer, Morral, Artal, Baró, Pallás y muchos más que, como éstos, con un acto de heroica brutalidad quisieron vengar cuanto sus ascendientes habían sufrido.

¡La cárcel! ¡La constante persecución!

Armas son estas de dos filos que suelen herir á quienes las utilizan. María Antonieta, aquella regia y linda cortesana que se reía de los gritos de dolor que lanzaban los parisinos al caer muertos de hambre y destruidos por la metralla al pie de su pa-

lacio de Versalles, pagó su sangrienta burla á buen precio. Otra cosa habría sucedido si en vez de contestar con metralla y con sarcásticas carcajadas, pan y derechos hubiera dado á su pueblo, á aquel gran pueblo que tan bien sabía cumplir con sus deberes.

Para reducirnos, para conseguir hacer de nosotros hombres pacíficos, para convertir á los que luchamos por un ideal en mansos corderos, es necesario que España sea administrada jurídicamente y económicamente con acrisolada honradez.

Mientras nos veamos en la cárcel por obra y gracia de los dilapidadores de la Hacienda Pública, seremos irreverentes.

Nosotros, los propagandistas republicanos, podremos callar errores de gobierno, pero jamás toleraremos sin protesta el que se dediquen en un año 967.893 pesetas en «gastos políticos de carácter privado» — ¡en un presupuesto de 143.950.752 pesetas! —, mientras se invierten 60.698 pesetas en todo lo concerniente á los servicios de agricultura, minas, comercio, industria y trabajo del Protectorado. Eso no; callar cuando tales enormidades suceden, no lo conseguirá de nosotros la monarquía mientras palpiten nuestros corazones. Desde la cárcel, como desde la calle, diremos al sufrido pueblo español toda la verdad: la verdad de los príncipes, la verdad de los ministros, la verdad de la aristocracia y de la pública administración.

Por eso decimos al comenzar estas cuartillas, que no otra cosa hacen los gobiernos españoles, persiguiendo á los periodistas antidinásticos, que perder el tiempo.

FERNANDO PINTADO

Cárcel Celular.—Departamento de políticos.—Barcelona.

Para demostrar que yo elogio siempre con justicia, y por esto lo hago tan pocas veces, ahí va un artículo de Iglesias Hermida, publicado en *El Liberal*, por si alguno de mis lectores no hubieran saboreado aún ningún escrito suyo:

GENTE EXTRAÑA

Los toreros y los curas

Para Nakens, ese abuelo lleno de juventud.

Se discute estos días con apasionamiento á un revistero de toros que al hablar de las faenas de un torero, mezcla cosas de su vida privada á su vida rutilante de héroe popular.

El escritor en cuestión sabe muchas cosas de la vida y de los hombres; por esto no ignora que el resplandor del sol sobre la arena de las

plazas llega hasta el hogar del torero, y lo ilumina, y lo enciende, y echa fuera por las ventanas de su casa secretos del corazón del lidiador. ¿Que no hay derecho á esto? ¿Quién lo dice? El torero es un héroe popular. El pueblo, poeta inmortal sin nombre, que construye á gritos y ovaciones la fama de su lidiador, tiene derecho á penetrar en el corazón de su ídolo y destrozarlo un día y ensalzarlo otro, poniendo el mismo fuego en el cariño é igual crueldad en el odio. El primer deber del público es ser feroz.

Es bárbara la fiesta de toros. Es bárbara y es grande, como lo fué Roma. El espectador deja su personalidad á la puerta si su personalidad es borrosa; si es grande, entra con ella. Y así se ve que en las localidades de los circos de toros cada espectador es un juez.

En manos de ese juez están todas las sentencias: ese juez puede condenar á muerte, sí, señor

No rigen las mismas leyes morales en el mundo que en las Plazas de Toros. Del mismo modo que no son iguales las leyes morales en el convento que fuera de él.

En este sentido de la forma externa son muchas las semejanzas que unen á la religión con la tauromaquia. Y si rascásemos un poco, es casi seguro que el parecido externo fuera interno también.

Roma, la bárbara y fanática, persiguió al cristianismo. La España tauromáquica, bárbara y fanática, se une á él; pero la unión está hecha con gracia. ¿Que no?

En cada plaza de toros hay una capilla, donde rezan los toreros. Esto, realmente, ni es grande ni tiene gracia. Pero lo que ya tiene gracia de verdad es que á las corridas de toros asista un sacerdote, que lleva en los bolsillos las estopas de la unión.

A esto no ha llegado nadie; sólo nosotros, España, que es la tierra más grande que ha habido y habrá. Tierra de obispos y de toreros ¡naturalmente!, como que á cada torero, por cobarde que sea, le colocan al lado mucho antes de morir un cura flamenco encargado, por si acaso, de darle una recomendación para allá arriba á fin de que llegue al cielo sin tropezar.

Nadie vea irreverencia en mis manifestaciones. Soy tan cristiano, sin fanatismos, como cualquiera. Tengo mis santos y mis santas á quien rezar. Llevo sobre el pecho la medalla de mis devociones, y veo al demonio en cada cura que pasa por mi lado. Creo, porque la fe, á ratos, me hace feliz.

Vi la procesión del Santo Entierro en Lora del Río y me emocioné. Siempre me ocurre lo mismo. Soy religioso porque soy español. Ante la figura del Cristo se me doblan las rodillas, como es natural.

El espectáculo de la Cruz me da

escalofríos. El Gólgota es la tragedia más grande de los siglos. Por eso España, la tierra trágica, es cristiana y feroz.

El Galileo era todo dulzura. Sus sayones eran bárbaros llenos de crueldad. España es una mezcla, es cristiana de una manera especial. Le reza á Cristo y contempla á sus enemigos. Es un poquito de los dos.

Esta falta de odio á los verdugos de Cristo explica que haya entre nosotros tanto cura. El cura es el enemigo mayor. Esto no obstante, en España han existido obispos y cardenales que fueron, al tiempo mismo, hombres muy buenos. Esto aunque al principio parezca raro, es una grandísima verdad. Aguirre, el cardenal Aguirre, aquel que murió de arzobispo de Toledo, era un hombre que guardaba en el corazón tesoros de bondad. ¿Su fanatismo, me decís? Yo no sé de eso. Sé, en cambio, que tenía sólo un par de zapatos y no usaba coche. Que repartía su dinero entre las gentes que lo necesitaban; que era afable, sincero, sencillo é ingenuo como un pastor bueno ó como un rey viejo, primitivo y cortés.

Y todo esto es raro, quizá único en un príncipe de la Iglesia. No: único, no. José del Sarto, el Papa anterior es un hombre que mereció respeto porque fué bueno también.

Pero todo es raro, digo otra vez.

El cura viene de las sombras. Es peligroso y brutal. Si os habla de sus fanatismos, es un buen cura, y debéis alejaros de él. Si os habla de la alegría de vivir y gozar, es un mal cura, y, por tanto, es cien veces peor.

Huid de él; siempre; huid de él.

De los hombres se hacen los curas, como la dinamita sirve para hacer bombas: por la barbarie de la Humanidad.

Un cura es... un cura, vamos. Esto es más claro que nada.

Y punto final.

PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA

Vázquez Mella

Mella es un hombre de esos á los que, el día que mueren, se les dedica la primera plana de un periódico, entera y con orla de luto. Es un grande hombre circunstancial. Si Mella fuera mudo, España no perdería nada y él ganaría mucho. Si en su juventud hubiese hecho en la cueva de Manresa Ejercicios Espirituales, el Espíritu Santo le habría comunicado que su verdadera vocación estaba en el sacerdocio. Con lo requetebien que habla y el «aquel» que tiene con el mujerío, no sólo Cardenal Primado sería hoy, sino una de las grandes figuras del Vaticano y mano derecha del kaiser. Pero sabido es que la raíz de la tragedia española está en la poca meditación sobre las vocaciones, y Mella es uno de esos Obispos laicos que,

incapaces de influencias efectivas, proceden como esos Popes rusos que periódicamente manejan á su antojo la Corte de San Petersburgo. Es un hombre de época. Cuando se escriba un libro acerca de él, se titulará el libro así: «Mella y las catástrofes de su tiempo.» Es profeta y parlamentario, revolucionario y ortodoxo, estratega y nozedalesco; se adelanta á las ocurrencias y quiere arreglarlas cuando ya han sucedido; es tan católico que á conducir él la nave de la Iglesia la hubiera convertido en un submarino; es tan carlista que no ha sabido evitar el folleto de Melgar; sabe tanta Historia de España que ha resuelto sea esa Historia lo que él cree que fué y no otra cosa; es tan bueno que se cree el hombre más temible del mundo. Escribe mal, piensa peor y habla muy bien. Su elocuencia es una oratoria plateresca; pero gracias al exceso de follaje se pasan dos horas celestiales. Le felicitan de todos los partidos con lágrimas en los ojos y se le dicen frases mimosas. De ciertos personajes se dice que son «tíos con toda la barba»; de él se dice que tiene la lengua de oro como el Crisóstomo. Produce arrobamientos, calambres y desmayos. Las señoras que le escuchan se sienten Juanas de Arco y los hombres desfallecen. Se sabe de muchos republicanos facinerosos, y verdaderamente terribles que sólo han vuelto de su desmayo escuchando á Mella á fuerza de sales inglesas y éter. He aquí un día español: con leer en la Prensa de la mañana que se ha tomado una posición nueva en Marruecos; comprar al mediodía la lista grande para ver «si ha tocao el gordo» y una barrera de sombra para ver á los fenómenos gemelos si es que les «sale su toro»; escuchar un discurso de Mella entre seis y nueve de la tarde y hablar de Marruecos, del sorteo, de los fenómenos y de Mella en la antesala de una Residencia de jesuitas, por la noche. Sus discursos son sus actos; no pasa de ahí porque es mesiánico y espera el día en que fatalmente han de realizarse las profecías. Discutiría con Dios mismo el problema del clericalismo y le impondría su solución: la separación de la Iglesia y del Estado, cuyo único defensor es en España, aunque parezca increíble; lo que recuerda la vieja idea de Julio Simón en su libro «La libertad de conciencia» de que todos los males cometidos por las religiones derivan de la unión de la Iglesia y el Estado. En «El cura en la Historia de la Humanidad», de Romeo Manzoni, Mella sería un capítulo. Quiere salvar á España parroquialmente y su género de regionalismo es la feligresía. No le parece bien nada de lo que se ha hecho en España desde Carlos V de Alemania, y su crítica y mordacidad son legendarias; cree inútiles todos los partidos que han existido y existen; los

radicalismos de la izquierda le parecen juegos de niños y la unión de las derechas una tontería si no afilan los procedimientos y dotan los programas redentores con gases asfixiantes y bombas lacrimógenas. Mella es un hombre á quien la realidad niega todo favor y él la execra en pago de sus desvíos. Sin embargo, todo tiene su fin. Maura, que es un cuarto de kilo de Mella, se dispone á enseñarle en Covadonga cómo se gobiernan los pueblos, y parece ser que las derechas se agitan. Hay quien teme se nuble el horizonte en la gruta simbólica. Nada de eso. Lo que se avecinan son horas encantadoras. Mella hablará. Y todos, absolutamente todos, desfilarán ante el «gran simpático», y con lágrimas en los ojos le dirán que les ha hecho pasar las horas más felices de su vida. Maura hablará también y los dos profetas desde el Sinai de Covadonga dirán á España con la lengua en alto á falta de espada: ¡Ah, si tuviéramos lo que no tenemos!...

EUGENIO NOEL

El Mundo

“Anticlericalismo del Quijote”

Libro en preparación

Muy en breve aparecerá el libro titulado *Anticlericalismo del Quijote*, debido á la conocidísima pluma del consecuente escritor radical y amigo nuestro, D. Simón Cerrejón Blanco, autor de notables trabajos en el periódico y en el libro.

El título de la obrita ya dice su objeto; probar lo antiteocrático de la inmortal obra de Cervantes, exponiendo los lugares de ella en que tal tendencia queda manifiesta, y así combatir el actual empeño de los clericales en presentar al Manco de Lepanto como nunca fué y su libro como una simple novela, cuyo protagonista loco sirviera para ridiculizar lo que ya tanto había caído en descrédito, los libros de caballería.

El libro bien impreso en tipos claros y buen papel y un prólogo del insigne escritor de EL MOTIN *Fray Gerundio*, será puesto á la venta en la semana que viene al precio de una peseta, con el 25 por 100 de rebaja, puesto que el autor sólo se propone la propaganda de la buena idea.

En esta administración, pues, se servirán ejemplares á los correspondientes, libreros y particulares que lo deseen.

Asuntos diversos

Cosas de ellos

Variedad en la unidad

por José Nakano—2 pts.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID